



Tindaya: el arte como pretexto

Carlos Novales

En el número anterior de esta revista se dedicó la carpeta a la propuesta de intervención de Eduardo Chillida en la montaña de Tindaya. En aquel momento se defendió desde estas páginas el que no era necesario conocer el proyecto en detalle para oponerse a la intervención planteada. Sigo pensando como entonces, pero hoy ya conocemos la propuesta con más concreción, y es, por lo tanto, el momento de entrar a valorar lo que el escultor propone, sin repetir el resto de los argumentos que en los tres artículos de aquella carpeta se defendían, y en cuya vigencia nos reafirmamos.

Como ésta es una publicación ecologista, permítasenos dudar de las continuas afirmaciones de que Chillida es el primer ecologista. El mismo escultor se ha calificado así mismo de esta manera, y ha hablado de una imagen suya en un cartel contra la central nuclear de Lemóniz. De esto hace ya más de 20 años, por lo que el magnífico curriculum ecologista de Chillida queda limitado a un único evento, tampoco es para presumir. A no ser que consideremos como una actuación ecologista para salvar la montaña el que en los planos del proyecto no figuren ni entrada al monumento, ni cafeterías, ni aparcamientos o taquillas; nada, en suma, de toda la parafernalia que acompaña a un centro turístico. Es posible que no figuren para que no sea evidente que una vez realizada la obra Tindaya no volverá a ser lo mismo. Si como dicen, le hemos hecho sufrir por poner en duda sus convicciones ecologistas, mucho más terrible ha sido, según mantienen

"El trabajo específico de Chillida con respecto a Tindaya brilla por su ausencia"

"En la montaña se ha embutido una escultura de hace siete años, cuando el artista ni siquiera conocía la existencia de Tindaya"

unos cuantos, el que no hayamos sabido apreciar el esfuerzo del artista para alumbrar una gran obra en nuestras islas.

Antes de arrodillarse e iniciar el acto de contrición por semejante pecado, uno decidió cruzar a Fuerteventura a ver el resultado de tanto esfuerzo y genio intelectual aplicado a la montaña mayorera. La primera visión de la exposición nos produjo una doble sensación: en primer lugar, la constatación de que el Chillida de los últimos años no es, ni de lejos, el mejor Chillida y, en segundo lugar, que era imposible encontrar rastro del tremendo esfuerzo que el artista había realizado para preparar su intervención en Tindaya, esfuerzo artístico se entiende. En la muestra había esculturas y dibujos de los años 80 y 90, pero nada, absolutamente nada, que indicara que el artista había trabajado específicamente para una obra concreta en Tindaya. Cuando decimos nada queremos decir: ni un sólo dibujo o boceto, ni una sólo fotografía o plano manipulado.

Es cierto que en la exposición existían un montón de planos y maquetas de los técnicos sobre la intervención en la montaña, pero el trabajo específico de Chillida con respecto a Tindaya brillaba por su ausencia. En una segunda visión de la muestra encontramos algo que sí tenía relación con los planos y las maquetas: era una escultura titulada "Lo profundo es el aire". Una escultura exactamente igual que la que se planteaba en el interior de la montaña, por lo menos algo del artista se relacionaba con la intervención. La sorpresa nos asalto al ver que la

fecha de realización de la escultura era 1990. En realidad, no es que la escultura se relacionara con la montaña, sino que en la montaña se había embutido una escultura de hace siete años, cuando el artista ni siquiera conocía la existencia de Tindaya.

La conclusión parece obvia: Chillida ha escogido una escultura suya anterior y ha dejado en manos de los técnicos el colocarla dentro de la montaña. Idea que parece también avalar el hecho de que las famosas aberturas al sol y a la luna, ya existentes en la escultura de 1990, no coincidan, casi ni por casualidad, con cualquiera de los dos astros; para no faltar a la verdad, en el caso de la apertura a la luna la coincidencia se produce cada 19 años, mala suerte. Así que, en vez de arrepentirnos por no haber valorado el esfuerzo del genio, tuvimos que salir de allí pensando en la cara que tienen algunos y en la ceguera que, el papanatismo ante un artista famoso, les provoca a otros. El amor que en Chillida despertó, según afirma él mismo, la montaña de Tindaya habrá que ponerlo en cuarentena. Por no hablar de las fluidas conversaciones del artista con la montaña. Por cierto, que resulta curioso que quienes tanta extrañeza han mostrado por el hecho de que haya gente que hable de montaña sagrada no parpadeen, sin embargo, ante el notable fenómeno parapsicológico que supone encontrarse al artista vasco conversando con un volcán.

Pero en arte lo más importante no es la cantidad de esfuerzo realizado, sino la calidad de la obra. En

este terreno la opinión es, evidentemente, subjetiva. La del que esto suscribe, y desde luego nada original por compartida, es que nos encontramos ante una obra de escaso interés, cuyo componente de novedad artística es prácticamente nulo y que formalmente resulta en exceso evidente. El Monumento a Tolerancia se sostiene, casi exclusivamente, gracias a su tremenda escala, a su grandiosidad, en este caso grandilocuencia. Evidentemente, si alguien entra en un espacio como ése quedará impresionado. Pero en el interior de una montaña, y con lo que significa un cubo de 50 mts. de lado cualquiera es capaz de imaginar alguna intervención que impresione, ya sea un cubo o no, o con aberturas o sin ellas. La impresión y la grandiosidad son producto, únicamente, de su gigantesca escala, no de sus valores formales. El mérito de la escala a que nos referimos está más en los componentes de la ingeniería que en los artísticos, hasta tal punto esto es así que existen dudas razonables, entre los propios redactores del proyecto, de que pueda llevarse a cabo. El hecho de que el proyecto surja de una escultura preexistente y de escaso tamaño muestra algunas de las limitaciones del escultor en este terreno. Efectivamente, nunca ha sido Chillida un artista que se haya caracterizado por su capacidad para intervenir en el territorio, nos encontramos más bien ante un escultor más clásico. Por ello no es de extrañar que el propio Chillida hable de una escultura refiriéndose a su intervención en Tindaya, lo que deja relativa-

mente claro su dificultad para enfrentarse a algo de esta envergadura con criterios más innovadores, más de intervención en el territorio que de monumento clásico. De hecho, nos encontramos ante un monumento en su sentido decimonónico, con unas referencias románticas evidentes en la grandiosidad y pretendido misticismo del espacio que pretende configurar, las referencias al mausoleo o a la cámara mortuoria de una antigua pirámide resultan claras. Chillida no ha sabido ver Tindaya como un espacio autónomo y desde una perspectiva moderna, no ha podido desligarse de la escultura tradicional para actuar en el territorio, como, ya hace 30 años, consiguieron hacer los artistas del *Land Art*.

Todo esto no tendría mayor importancia si estuviéramos hablando de una escultura normal y corriente, en este caso cada uno que haga lo que le plazca. Pero nos estamos refiriendo a una obra que, en palabras del vicepresidente del gobierno regional, puede llegar a costar hasta 5.000 millones de pesetas. Y cuando uno piensa en tal cantidad de dinero público conviene sacarle punta a todo antes de que se tomen decisiones. Como ya decíamos en el número anterior, es necesario pensar en donde es más conveniente invertir tal cantidad de millones para que la cultura florezca en Fuerteventura, debemos ser unos cuantos a los que se nos ocurren una buena cantidad de destinos mejores para tamaña inversión.

No obstante, todos sabemos, los que lo defienden y los que nos

"Nos encontramos ante una obra de escaso interés, cuyo componente de novedad artística es prácticamente nulo"

"Chillida no ha sabido ver Tindaya como un espacio autónomo y desde una perspectiva moderna, no ha sabido desligarse de la escultura tradicional para actuar en el territorio"

mostramos contrarios, que aquí nadie esta hablando de cultura. Chillida no es más que el pretexto mágico-religioso para una operación que busca ampliar el mercado turístico en Fuerteventura, para generar las consiguientes plusvalías que puedan enriquecer a los de siempre. Resulta significativo que salgan a la luz, precisamente ahora, noticias sobre compras de millones de metros para la construcción de miles de camas en la isla, así como los rumores sobre cambios en la propiedad de muchos de los terrenos que rodean Tindaya. Es para este objetivo para lo que se pretenden invertir en Fuerteventura esos 5.000 millones, si habláramos de cultura 5 millones ya le parecería a todo el mundo una exageración para una escultura en Fuerteventura. El negocio, como siempre, es la propia obra y la especulación en los alrededores con la información privilegiada que siempre tienen unos cuantos.

Por lo dicho hasta ahora, habría que reclamar un debate franco sobre el modelo de desarrollo que se pretende para la isla, porque soterradamente es de lo que se está discutiendo. Quienes apoyan la intervención en Tindaya están apoyando el modelo que acaba en el turismo masivo y la ocupación relativamente salvaje del territorio. Unos lo saben y otros no. De la misma forma que entre quienes nos oponemos, más conscientemente unos y menos otros, sabemos o intuimos que está en juego algo mucho más importante que una escultura, e incluso mucho más importante, también, que la propia montaña con toda su

carga arqueológica y, por lo tanto, cultural. Para terminar, volver a insistir en que 5.000 millones son muchos para gastarse en Tindaya, o en cualquier otra montaña; y por lo tanto, mostrarse en contra de la intervención, tal y como está diseñada, en Tindaya o en cualquier otro lugar. Además, contrariamente a lo que nos habían dicho, Eduardo Chillida tampoco le ha echado mucho trabajo e imaginación al asunto; aquí lo realmente gastado, como siempre, ha sido dinero de los contribuyentes para la fiesta y homenaje de sus políticos.